

Diccionario práctico

Impotestad

En los diccionarios de lengua española no encontrarán el término «impotestad». A veces sucede eso: por rico que sea el vocabulario del que disponemos, todavía nos faltan vocablos. Cabe pensar que si carecemos de ellos es por la ausencia de la realidad o actividad que describe. Por ejemplo, como me indicaba un sagaz amigo, podemos encontrar «charlatán», pero no el equivalente «escuchatán». La conclusión es tan obvia como la que se extrae de la inexistencia de la que aquí proponemos.

Porque la impotestad es, seguramente, una de las palabras que mejor sintetizarían la clave para una adecuada relación entre personas, y su no presencia en el diccionario seguramente denota que algo no está bien planteado en las relaciones humanas.

La potestad indica dominio, poder, jurisdicción o facultad sobre algo y eso se concreta, muy a menudo, sobre *alguien*. Hablamos ya sobre la hermandad existencial (v. RE, núm. 60). Si ésta sería el fundamento de toda relación humana—somos hermanos por el mero hecho de existir—, la impotestad designaría el modo de relación que se deriva de ello, esto es: nadie tiene, de sí, potestad, poder, sobre nadie.

A menudo se esgrime la relación paterno-filial como un argumento que justifica la autoridad sobre alguien. Sin embargo, a los padres corresponde—con la colaboración de la sociedad— administrar la libertad genuina de su hijo, mas en ningún caso son sus propietarios. Les atañe educarlos para que sepan vivir esa libertad responsable y corresponsablemente. De igual modo podríamos hablar de otras relaciones humanas que pudieran llevar a esa trampa: alumno-profesor, empleado-empresario, ciudadano-gobernante... Las relaciones que se establecen son una especie de servicio autorizado—en el doble sentido de competente y aceptado—, pero en ningún caso son de poder, es decir, de capacidad coactiva sobre el otro y de propiedad. Recordemos, todos son *hermanos en la existencia*.

Unas relaciones humanas que den y respeten la libertad de cada individuo rompen con la freudiana necesidad de «matar al padre» porque éste ya no es alguien que nos coarta y coacciona. □

El tema

Ser centro

Unas relaciones humanas desarrolladas en clave de potestad se reflejarían en una estructura piramidal donde unos seres humanos estarían sobre otros, disponiendo de ellos en una u otra medida y manera. En cambio, un tejido social vertebrado por la impotestad genera un diseño bien diferente. Las personas se encuentran en un plano de igualdad que lejos de alinearlas unas junto a otras, les permite que se unan. Veámoslo.

El realismo existencial parte de la experiencia de la existencia, reconociendo de modo especial la propia contingencia, es decir, la no necesidad de llegar a ser. Para algunos, esto podría conllevar un centramiento en uno mismo que corriera el riesgo de derivar en un solipsismo inmaduro. El solipsismo es una forma radical de subjetivismo según la cual solo existe o solo puede ser conocido el propio yo. Sin embargo, lejos de esto, la sorpresa ante la propia existencia conduce a la sorpresa y maravilla de la existencia de otros, tan contingentes como nosotros, tan únicos como nosotros...

Con todo, en el desarrollo de nuestra persona y personalidad, cierto es que pasamos por experiencias de profunda soledad que nos hacen constatar la brecha que se abre en ocasiones entre lo que vivimos y la posibilidad de compartirlo con otros. Constatamos el límite de las palabras, hasta de los gestos. Todo ello forma parte de la asunción de nuestro ser. Y esa vivencia también es crucial para abrirnos al encuentro con los otros con mayor realismo y gratuidad. Ya no proyectamos en ellos expectativas que no son alcanzables—seguiremos sintiéndonos solos en ciertos momentos y situaciones—, y, sin embargo y al mismo tiempo, recibimos de tales relaciones mucho más de lo que cabría esperar.

Porque a falta de vínculos humanos consistentes, nuestra percepción y perspectiva de la vida se reduce al alcance y sutilidad de la propia mirada. Juzgamos

según nuestros afectos y defectos, según nuestros límites, que son sólo algunos de los posibles. De este modo nos convertimos en un centro único y solitario. De ahí a considerar que sólo existe esa manera de ver y vivir, de valorar y juzgar, dista sólo un paso que nos alejaría irremediabilmente de la posibilidad de amar a otro.

Por el contrario, cuando, de un modo u otro, nos *encontramos* con otro —con otros—, que se convierten en significativos para nosotros, ya no sólo nos damos cuenta y admitimos que ellos también se consideran centro, sino que, además, vivimos la posibilidad de que ambos centros se unan, ampliando sus horizontes y matices. Como bellamente escribe A. Rubio, «el encuentro de dos que se aman es como si dos estrellas hasta entonces cada una centro de todo el cielo, se juntaran y formarían un solo centro, pero más denso, cada vez más compacto, más luminoso».¹

No nos confundamos; nadie deja de ser él mismo ni de sentirse centro. Lo que sucede es que su persona se enriquece y amplía con lo que otros son y aportan

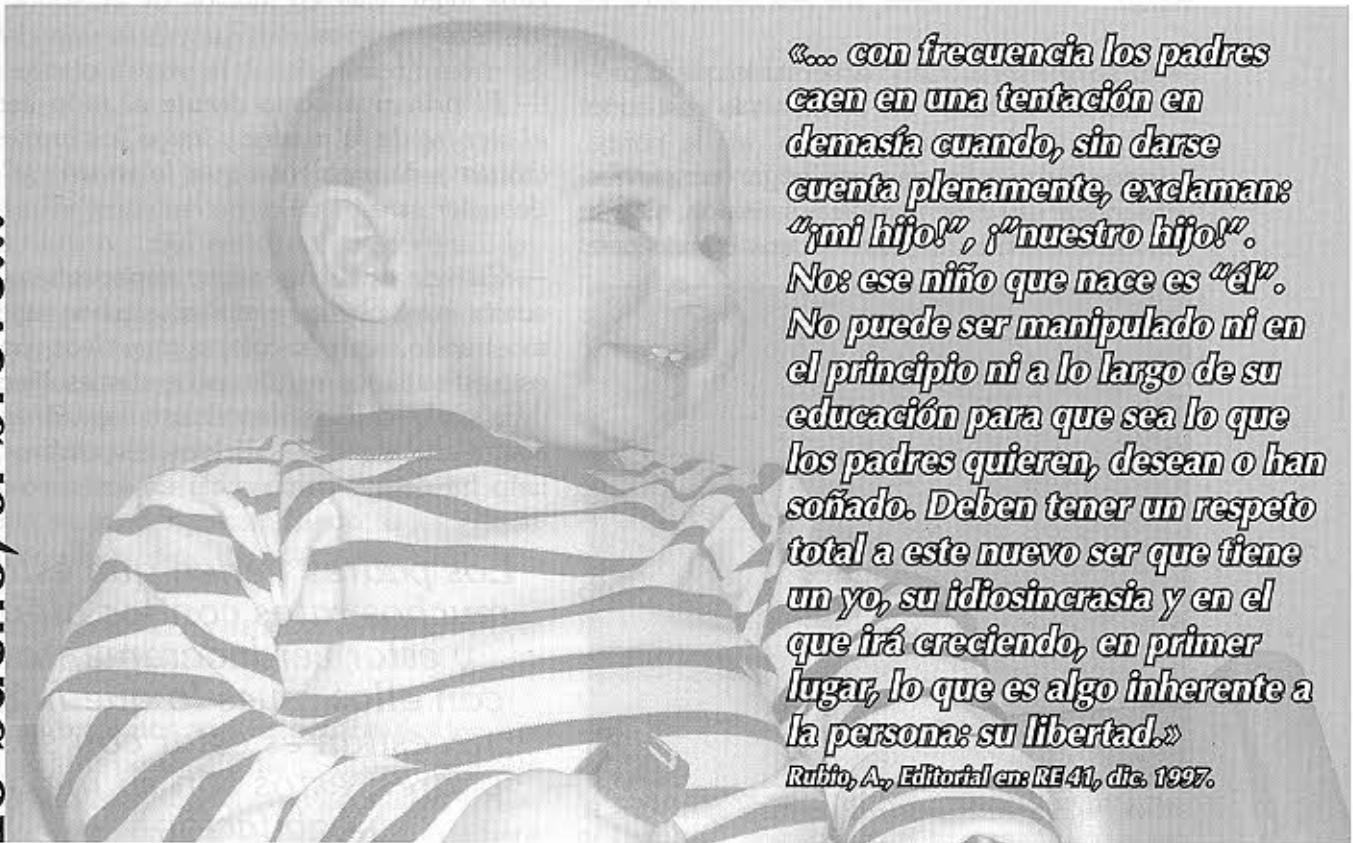
y viceversa. Y que desecha considerarse el único centro; antes al contrario, comprende que los otros —personas, culturas, pueblos...— sientan lo mismo. Desde ahí, se pueden fundir las coordenadas en las que transcurren las vidas concretas.

El desarrollo de ese nuevo centro compartido, más amplio y denso, nos abre un marco de comprensión mutua impensable hasta entonces. No quiere decir eso que vayamos a tomar las mismas opciones o decisiones, sin embargo, sí podremos comprender las que toman otros, porque conocemos más de sus criterios, datos, y hasta de gustos que tanto inciden en nuestras opciones. De ahí que, aunque suponga una primera inversión de tiempo el propiciar un marco de diálogo en el que compartir lo de cada uno, al final salimos ganando en tiempo y energías, porque nos ahorraremos muchas discusiones absurdas y estériles al carecer del fundamento del mutuo conocimiento. □

¹ RUBIO, A., *22 historias clínicas –progresivas– de realismo existencial*. Edimurtra, Barcelona, 1985³, pág. 172.

PLIEGO · REALISMO EXISTENCIAL PARA TODOS
sección a cargo de **Natalia PLÁ**
Doctora en Filosofía
SALAMANCA

Lo bueno, si breve...



«... con frecuencia los padres caen en una tentación en demasía cuando, sin darse cuenta plenamente, exclaman: "¡mi hijo!", ¡"nuestro hijo!". No: ese niño que nace es "él". No puede ser manipulado ni en el principio ni a lo largo de su educación para que sea lo que los padres quieren, desean o han soñado. Deben tener un respeto total a este nuevo ser que tiene un yo, su idiosincrasia y en el que irá creciendo, en primer lugar, lo que es algo inherente a la persona: su libertad.»

Rubio, A., Editorial en: RE 41, dic. 1997.